

Animales que no se pueden acariciar

Javier Quevedo Arcos

ÍNDICE

El mono pelón	7
Amok en Berna	11
La muerte, la doncella y el gañán	23
El Puente de los Tropiezos	39
Eremita	47
Ruby, Ruby	53
Entra un gangoso en una farmacia	65
La mujer sin cabeza	81
¿Se cortan las uñas de los pies los verdugos?	91
Londres para poetas solteros	93
El amor al interior de las curvas	105

EL MONO PELÓN

HA VUELTO EL MONO pelón. Ha estado mirándonos desde abajo y se ha marchado. Esta vez no nos ha hecho nada como otro día. Otro día se puso al hombro la rama que lleva siempre y lanzó una semilla. La semilla se clavó en la hija enferma de Jefe. La hija enferma se cayó del árbol y el mono pelón se la llevó. Otro día más el mono pelón volvió a traerla. Ya no estaba enferma. Jefe dice que los monos pelones la meten así porque no saben meterla como los monos de verdad. Primo le dice: Los monos pelones también la meten como los monos de verdad. Jefe se enfada. Chilla: Los monos pelones no saben andar agachados, no saben subir a los árboles, no saben coger fruta; los monos pelones son una mierda de Jefe. Entonces Jefe coge una mierda y la tira a Primo. Primo corre y se esconde.

Primo se crio con los monos pelones. Primo y Prima, su hermana, llegaron con el frío. Todo el mundo pegaba a Primo. Primo se escondía; no sabe luchar. Jefe está todo el día con Prima. Se la mete por la mañana; se la mete por la tarde. Tuerto dice que también se la mete por la noche. Jefe no se acerca ya a otras monas. Un día Jefe pega muy fuerte a Primo. Prima se esconde. Jefe busca a Prima. Pasan dos noches; Prima no aparece. Jefe chilla,

AMOK EN BERNA, OTOÑO 2011

Black trombone

Monotone

C'est l'automne

De ma vie

Plus personne

Ne m'etonne

J'abandonne

*C'est fini**

(Serge Gainsbourg)

ERA LA SEGUNDA VEZ que lo oía. La primera fue en Basilea, al pasar junto a una pareja. Él, bajo, robusto, con rasgos porcinos y pinta de macarra; ella, menuda, parecía una niña; los dos rubios, de unos dieciocho. Venían de frente por la acera. Me miraron, se rieron, hablaron entre sí en voz alta, al cruzarnos capté al vuelo *jüdischer*, que es un adjetivo, creo, yo no sé alemán. Pero entonces no me importó; estaba al comienzo de mis gestiones por Suiza, el futuro parecía promisorio, lo mismo estaba harto ya de oír en España. Eso sí, en alemán tenía una resonancia siniestra que no guardaba en otro idioma. Sobre todo cuando lo entonaba, no una

* Negro trombón / Monótono / Es el otoño / De mi vida / Ya nadie / Me asombra / Abandono / Se acabó.

LA MUERTE, LA DONCELLA Y EL GAÑÁN (CUENTO GÓTICO)

HUBO UN TIEMPO EN que, por razones que no vienen al caso, renuncié al trabajo en la fábrica, reuní unos ahorros que tenía y me tomé un año sabático, que aproveché para viajar. Comencé en verano por Francia y, como me movía con cierta parsimonia, al llegar el otoño aún me encontraba en Bélgica. A la caza de cierto color local, me desplazaba preferentemente por pueblos pequeños y, siempre que el clima me lo permitía, recurría al autoestop, reservando las grandes aglomeraciones, los hoteles confortables y los trenes y aviones para cuando el invierno se volviera imposible.

La campiña flamenca es civilizada y aburrida y, a mediados de otoño, francamente deprimente. Por algún motivo, sin embargo, aquellas planicies desoladas, perpetuamente cubiertas de nubes y barridas por un viento al que solo se atreven a hacer frente algunos esporádicos y escuálidos bosquecillos, me atraían sin remedio. Olvidándome de los mapas y los puntos cardinales, me moví al albur de un lado a otro, sin más criterio que el de rehuir las grandes poblaciones. Acaso como recompensa a esta fidelidad perruna al paisaje, allí me sucediera la única aventura digna de tal nombre de todo mi periplo.

EL PUENTE DE LOS TROPIEZOS

SI ALGUNA VEZ VIAJÁIS a Pekín y visitáis la Ciudad Prohibida, tal vez encontréis en sus jardines un pequeño puente de piedra, enarcado sobre un estanque, en cuyo centro descansa una roca no mayor que una calabaza, que los nativos rodean sin excepción entre profusión de reverencias y palabras rituales masculladas con solemnidad. Le llaman el Puente de los Tropiezos y tanto su extraño nombre como el curioso ceremonial que ejecutan quienes lo atraviesan se remontan a incontables siglos atrás, cuando la figura del emperador se confundía con la de los dioses y el menor susurro de sus labios era acatado como un mandato del cielo.

Uno de aquellos semidioses, quizá no el peor de todos, casó en su juventud con una hermosa princesa a la que desde un principio amó perdidamente. Al año de la boda, para su desgracia, la emperatriz murió al dar a luz a una niña. El desconsolado emperador, enloquecido por la pérdida, decretó que, puesto que aquella recién nacida le había privado para siempre del placer de acariciar a su reina, en justa venganza y de por vida, también ella se viera alejada de cualquier contacto con ser vivo alguno; y para que así se cumpliera hizo anunciar que todo aquel que rozara a la princesa, siquiera con la yema de los dedos, fuera ajusticiado sin demora.

EREMITA

EN LA AZOTEA DEL hotel Paraván vive un ermitaño. Viste con harapos, la barba le cuelga hasta las rodillas, camina descalzo. Un cuervo le trae volando el alimento desde la terraza de un burger próximo, donde se lo roba a los clientes: *pizzas* y hamburguesas, a veces también sobrecitos que el ermitaño lame con fruición, manchándose la barba y los bigotes de ketchup y mostaza. Cada mañana a primera hora, un empleado del hotel deposita a la puerta de la azotea pan y agua, que encuentra intactos a la mañana siguiente y sustituye por otros iguales, pues el eremita prefiere el agua de lluvia que recoge en unos cubos.

Cuando el hotel fue vendido a la actual multinacional, el precio se consideró tan ventajoso que los compradores aceptaron sin pensarlo la única condición extravagante: permitir la estancia indefinida en la azotea de un eremita —un pariente colateral (sobrino o nieto segundo) de los antiguos propietarios, un tipo trastornado—. Cualquier trabajo de mantenimiento en la cubierta —se estipuló por escrito— se haría siempre respetando escrupulosamente el hábitat del inquilino.

Él mismo ya no recuerda para qué subió a la azotea. Lleva tanto tiempo sin pensar, que si alguien le preguntase qué hace allí, no

RUBY, RUBY

—SE LLAMABA RUBY Y la conocí en París... No, para, así nadie va a creerme... Se llamaba Felisa y la conocí en Vallecas... ¿Os gusta más de ese modo?... Pues no, lo siento, se llamaba Ruby y la conocí en París y si alguien no me cree, puede levantarse y marcharse ahora mismo...

Marcos soltó una risita; Ramón abrió las manos en un gesto de «¿quién te ha dicho nada?»; Manolo se limitó a mirarme fijamente con el significado claro de «empiezas-o-qué».

—Aguanté un trimestre yendo a la Sorbona, a las clases de un par de filósofos de renombre, y en enero dije que os den. Después de cinco años estudiando Filosofía en Madrid, hasta los versos del poeta más tonto me parecían más interesantes. Cómo explicarlo... Pasar de Baudelaire a Hegel era como dejar plantada a tu novia en la cama para acompañar a misa a tía Eduvigis, la de los pelillos en el mentón...

La mirada de impaciencia de Manolo se hizo más ceñuda. No podía culparlo. La idea de uno —creo que fue Ramón— de contar la historia más interesante de cada cual con una mujer, en un intento por animar nuestras reuniones mensuales, cada vez

LA MUJER SIN CABEZA

UNA VEZ AMÉ A una mujer sin cabeza. Fue un amor colosal, sin fisuras. Por cuanto no hablaba ni tenía raciocinio, era como amar a un animalito. «¡Machista!», me increpaban mis amigos, todos absolutamente modernos. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? La mujer sin cabeza vino a mí. Yo tan solo la dejé pasar. Sucedió de esta manera: en el curso de una interminable siesta perezosa, de esas que uno, más despierto que dormido, podría prolongar hasta el día siguiente entre duermevelas donde la consciencia no es más que el colector de sentidos inermes, sentidos vírgenes que se dejan bombardear con la candidez del primer día (chillidos de pájaros y niños entremezclados a través de la ventana abierta, paraíso), en una siesta semejante, digo, estando aún con los ojos cerrados, sentí una mano sobre mi espalda. Yo vivía solo, aunque a menudo dejaba la puerta de la calle entornada. ¿Estás loco? ¿Quieres que te maten?, se pregunta ahora todo el mundo, y la respuesta es sí. Hacía tiempo que deseaba ser asesinado. Alguien apuñalándome o disparándome —preferiblemente esto último— hubiera recibido una última sonrisa mía de agradecimiento. Tampoco es que lo buscara con pasión; siempre he sido perezoso. Era más bien como si, en medio de una aburrida charla, uno desease algo

¿SE CORTAN LAS UÑAS DE LOS PIES LOS VERDUGOS?

ANOCHÉ SOÑÉ QUE TENÍA largas las uñas de los pies. Un sueño idiota porque yo odio las uñas largas, sobre todo las de los pies. Siempre las llevo muy cortas, casi de raíz. Por eso me desperté con un sobresalto, empapado en sudor, y lo primero que hice fue mirarme los pies. Cuando vi que seguían cortas, volví a recostarme con un suspiro de alivio, pero ya no me pude dormir. Estuve pensando. ¿Por qué tienen que jodernos hasta los sueños, por qué no podemos estar en paz ni cuando dormimos? ¿No tenemos ya bastantes enemigos para que encima vengan a putearnos las uñas de los pies? El psicólogo me dijo que es porque las uñas de los pies —que son una tontería— estaban en lugar de otra cosa mucho peor. Que en realidad estaban de mi parte, que me protegían, interponiéndose entre yo y eso otro peor. Como si en carnaval alguien fuera disfrazado de monstruo y, de repente, se quita el careto y aparece otro más monstruoso. Lo más probable, concluyó, es que detrás de las uñas largas estén tu padre o tu madre. Entonces lo tengo claro, le dije, porque no conocí a ninguno. Yo soy de orfanato, casi seguro un hijo de puta. El psicólogo se me quedó mirando como si yo fuera transparente y detrás de mí des-